

# El teatro escolar, los exámenes públicos y las celebraciones: instrumentos educativos jesuitas

## *School theatre, public examinations and celebrations: Jesuit educational instruments*

El sistema educativo jesuita recurre a diversas actividades extraescolares (obras de teatro, exámenes públicos y celebraciones varias) buscando fomentar la emulación, incrementar el prestigio del colegio y romper la monotonía de la docencia sin interrumpir la labor educativa. El estudio de estas actividades demuestra, por una parte, la riqueza y el éxito de un modelo educativo centrado, sobre todo, en la armonía entre la ciencia y la religión, la gradación de los estudios, la enseñanza participativa y la cordialidad entre maestros y discípulos, y, por otra, los límites y la inviabilidad de un modelo que pretende aislar al educando del mundo que le circunda.

*Jesuit education resorts to different extracurricular activities (theatre, public examinations and a variety of cultural activities) trying to promote the emulation, to increase the prestige of the school and to break with the monotony that can occur in academic instruction, without interrupting the educational process. The study of these activities shows, on one side, the richness and the success of a centered educative model, above all, in the harmony between science and religion, the gradation of studies, participative teaching, and the friendly relations developed between teachers and pupils, and on the other side, the limits and the unfeasibility of a model that pretends to isolate the pupil from the world around him.*

**Palabras clave:** Compañía de Jesús, Educación secundaria, Teatro escolar, América española.

**Key Words:** Society of Jesus, Secondary School, School theatre, Latinamerica.

Los colegios jesuitas del siglo XIX se regulaban con un prolijo conjunto de normas que, en principio, parece caracterizar con la monotonía la vida cotidiana de los alumnos. En la práctica no era así. Junto a los límites que a la aplicación de estas normas hay que poner (GÓMEZ DÍEZ, 2000), entre la solemne inauguración y las vacaciones de fin de curso el ritmo escolar era roto por las visitas de diversas personalidades; las excursiones y los días de campo, organizados, como los paseos semanales, para aliviar la tensión y permitir la recuperación de las energías, los ejercicios espirituales anuales y, sobre todo, las festividades, religiosas, escolares o políticas, que pretendían fomentar la emulación, incrementar públicamente el prestigio del colegio y romper la monotonía de la docencia

sin interrumpir la labor educativa. A ello contribuían las representaciones teatrales, las conferencias, las composiciones poéticas y otras actividades. Sucedió en todos los colegios, pero me centraré en los establecidos en el Norte de la América Meridional a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX (GÓMEZ DÍEZ, 2003).

*En las obras de teatro se insistía en los temas explicados en clase*

En las obras de teatro, aprovechando los elementos visuales del aprendizaje, se insistía en los temas explicados en clase, participando los alumnos en la representación y en su preparación. Con todo, por lo menos en sus aspectos formales, no cabe comparar estas representaciones con las del teatro clásico de los jesuitas. Éste se caracterizaba por la larga dimensión de sus obras; la osadía de sus temas; un cierto atrevimiento a la hora de desafiar los gustos y las expectativas sociales; la abundancia de personajes, que busca la participación del mayor número posible de alumnos; la riqueza escenográfica y la pretensión de atraer a un público no necesariamente vinculado al colegio. "Nunca se consideró este teatro como un mero ejercicio pedagógico (aunque ese fuese uno de sus elementos), sino que desde el comienzo hubo en autores y responsables la convicción de que era un teatro completo como el de los corrales o el de la corte, con escenografía, música, danza, público, repeticiones..." (GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, 1997: 229). Existiendo en los objetivos educativos, en su más amplio sentido, una continuidad clara, el siglo XIX presenta diferencias formales importantes. Las representaciones, por lo general cortas y con pocos personajes, intentan evitar cualquier conflicto con el mundo no escolar. Da la impresión de que el único público al que se dirigen estas obras son los alumnos, sus padres y algunos miembros destacados del clero, y más con la in-

tención de demostrar el buen hacer del colegio que de convertir la obra teatral en un sermón pastoral público; el colegio, como en tantas ocasiones la Iglesia del XIX, parece cerrarse sobre sí mismo. Por otra parte, careciendo de datos sobre su coste, no sabemos con claridad qué tipo de aparato escénico acompañaba a estas representaciones. Dada la preocupación por reducir los gastos en los colegios, resulta extraño este silencio. De todas formas, teniendo en cuenta la tradición jesuita, es tan raro el silencio como el hecho de que no hubiera escenografía y vestuarios. Me inclino a pensar que, por lo menos, los habría en las representaciones más elaboradas, de lo contrario no podría alcanzarse ese objetivo, presente desde su origen en el teatro escolar jesuita y que versificó el P. Acevedo: Contaros he una historia en breve suma / la cual veréis después representada, / porque lo que se ve a los ojos marca / mucho más que lo que a oído damos (GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, 1997: 62). Pero las grandes representaciones teatrales se han reducido al mínimo (existen numerosos testimonios en los cuales se recomienda hacerlo, para evitar la disipación de los alumnos o los gastos excesivos), y han sido sustituidas por numerosos ejercicios académicos, con o sin público. Veamos en qué consisten unas y otros.

Una primera representación navideña escenifica un diálogo entre San José y los Reyes Magos, cuando éstos llegan al Portal y sorprenden al primero. Como este no comprende "¿qué significa tanto aparato de grandeza en este humilde portal, y a los pies de un pobrecito niño?", se entabla un diálogo entre los Reyes, que afirman la grandeza de Jesús, y José, que plantea las paradojas de la Encarnación. Los primeros proclaman la realeza del

*"Lo que se ve a los ojos marca mucho más que lo que a oído damos"*

Niño y su poder soberano sobre todo el universo, y José niega: “¿Se ha visto jamás que una pobrecita diese a luz a un soberano? Ved ahí la Madre del Niño; mirad cuan pobre y despreciada a los ojos del mundo”. Frente a los tesoros

*El contraste entre el humilde nacimiento y la grandeza de Jesús tensa el diálogo*

de los reyes, la pobreza del portal y contra la afirmación del poder soberano del Niño, la humildad de su nacimiento y la falta de los atributos más corrientes del poder político. Para todo tienen respuesta los Reyes: por María y por el milagro en ella realizado, será muy honrada la pobreza; la humildad del Niño es su tesoro; las riquezas de los reyes se agotan, pero no las tuyas, porque su poder viene de lo alto, como la estrella que les ha guiado...

El contraste entre el humilde nacimiento y la grandeza de Jesús tensa el diálogo hasta que José se descubre: “¡Ah! Conozco muy bien que estáis iniciados en estos soberanos secretos, y que no ignoráis el gran misterio de un Dios humanado. Ya puedo hablar en confianza con vosotros. Declaradme, ¿cómo habéis conocido desde tan remotas tierras la gloria del Hijo de la Virgen?; comunicádmelo, ¿cómo amigos?; decidme, ¿quién os ha llamado?”. El diálogo toma entonces otros derroteros: la exposición clara del Misterio de Jesús, por parte de los Reyes y de José, recurriendo a la paráfrasis del Evangelio. Tras introducir el temor de José a Herodes, desbaratado por la seguridad que tienen los Magos en la pérdida de aquél y de los otros perseguidores de Jesús (tema muy decimonónico), el diálogo va ganando en dificultad, introduciendo referencias al Antiguo Testamento, que profetizo la llegada de Jesús (los programas de las asignaturas muestran el permanente recurso a la profecía veterotestamentaria como prueba de que la religión católica es la verdadera) (GÓMEZ DÍEZ, 2006), y afirmaciones de contenido

doctrinal: Él, que nació desde toda la eternidad de la sustancia de su Padre, ahora ha nacido sobrenaturalmente de una doncella sin mancilla. La representación concluye con un canto de alabanza, donde participan todos los personajes y un coro.

Otro drama navideño, El mejor Rey de los reyes, en verso, escenifica, en víspera de la matanza de los Inocentes, el diálogo entre el rey Herodes, Ptolomeo, uno de sus generales, y Luzbel. La intención de éste es levantar al rey contra el Niño recién nacido, para evitar que lo destruya. En esta ocasión, junto a varios temas navideños, Luzbel presenta el Misterio de la Encarnación como amenaza contra la libertad y la dignidad del hombre, en clara alusión crítica a la filosofía contemporánea, y explica las razones de su odio al género humano:

*“¿No basta Dios de Abraham,  
no basta que se me niegue  
la silla, sino que al hombre  
siendo de ceniza leve  
intentas darle mi asiento?  
Y siendo tu Dios, intentas  
hacerte hombre, porque el hombre  
pueda de hombre Dios hacerse?  
Y por darle a él tú la vida  
te busques a ti la muerte?...  
Mas no saldrás con tu intento,  
si desquiciase los ejes  
en que la máquina estriba  
de las esferas celestes  
seré fuego, seré rayo,  
que consuma, abrase y queme  
a pesar de tus designios  
esta máquina terrestre”.*

En buena lógica la Semana Santa es mucho más sobria y entre el jueves y el domingo, faltos de alumnos, los solemnes oficios ocupan el tiempo de los jesuitas. Además, cada colegio celebraba el día de su patrón, con una misa solemne y, normalmente, un almuerzo para los jesuitas y sus invitados, miembros del clero y autoridades civiles. Con actividades semejantes se festejaban los patronos de las congregaciones escolares y la onomástica

del Rector. Estos días es normal conceder una salida extraordinaria a los alumnos.

Junto al día de la Inmaculada, la devoción mariana alcanza su máxima intensidad en el Mes de María, cuando, preparando la comunión general con la

*Las celebraciones de carácter político fueron las más críticas por los jesuitas*

que todo concluye, se combinan actos escolares, celebraciones religiosas, predicaciones públicas y misiones populares. Los jesuitas con frecuencia se felicitan del fruto conseguido, dentro y fuera del colegio, y, no pocas veces, lamentan la frialdad de las gentes, que nunca hacen extensiva a los colegiales. Había otras fiestas de mayor o menor importancia y se organizaban academias o certámenes por motivos muy diversos: el retorno de los obispos del Concilio Vaticano I, el jubileo por la exaltación al Pontificado de Pío IX, la onomástica del rey o de la reina, el nacimiento del Príncipe de Asturias, el día de Santa Bárbara, etc. Las celebraciones de carácter político, junto a la onomástica del rector, fueron las más críticas por los jesuitas (COTANILLA 1865: 28/11/1858). Por último estaban las fiestas jesuitas, sobre todo San Ignacio y San Luis Gonzaga.

El día de San Ignacio se organiza una misa solemne, celebrada por el obispo u otra personalidad del clero secular y con asistencia de las otras congregaciones religiosas de la ciudad; participaban todos en un almuerzo de primera clase y se concedía a los alumnos una salida extraordinaria.

Sin ningún género de dudas, con el fin de curso y la solemne entrega de premios, la gran fiesta de los colegios era la de San Luis Gonzaga, que, precedida por una confesión general de los alumnos para participar en las solemnes celebraciones religiosas, podía prolongarse durante varios días. El 21 de junio comenzaba con la habitual misa matutina, hacia las siete de

la mañana, donde algunos alumnos podían recibir su primera comunión o ser confirmados. Avanzada la mañana, como muy pronto a las ocho y media, se celebraba una misa solemne, normalmente con música, en la iglesia principal, si es que los jesuitas tenían varias en la ciudad, especialmente engalanada. Era también habitual aprovechar esta ocasión para estrenar algunos ornamentos o cálices regalados en ese curso por algún benefactor. Esta misa, donde uno de los mejores predicadores de la Compañía leía un sermón sobre San Luis, era celebrada por alguna autoridad eclesiástica —el arcediano, el obispo, algún visitante ilustre, etc.— y contaba con la presencia de numerosos invitados: las autoridades diocesanas, los responsables del seminario, el Delegado Apostólico, las autoridades civiles y los mejores amigos de la Compañía, junto a las familias de los alumnos. La fiesta continúa en la comida, de primera clase, y como en las otras fiestas principales (Circuncisión, Pascua, Pentecostés, S. Ignacio, Asunción y Navidad), se levanta el silencio. Se celebra en el mejor salón de la casa —si hay más de un comedor—; en muchas ocasiones, los alumnos comen con los jesuitas y, cuando hay más de una residencia jesuita en la ciudad, se reúnen todas en el colegio.

Era también normal engalanar el colegio con motivos referentes a la vida y los milagros de San Luis. “Sin entrar en muchos detalles sobre la Capilla —escribe, no sin exagerar, Rafael Pérez, sobre el Colegio de Guatemala en 1869— cuya ornamentación no podía ser de mejor gusto, las cuatro grandes galerías formaban otros tantos salones adornados uniformemente de vistosos cortinajes color de púrpura con franjas y flecos de oro,

*Uno de los mejores predicadores de la compañía leía sobre un sermón sobre San Luis*

guirnaldas de flores y escudos en que se leían poesías e inscripciones en diversas lenguas antiguas y modernas. En el centro del patio sobre la concha de la fuente se alzaba un alto pedestal en cuyos cuatro

lados se veían diversos pasajes de la vida de San Luis, imitando  
bajorrelieves, y sobre él  
descansaba la estatua  
colosal del santo joven:

*“Las oraciones  
de los niños  
suben al cielo  
entre nubes de  
incienso”*

cualquiera diría y no  
sin razón, que aquel  
magnífico monumento  
era de bronce fundido,  
como los que suelen  
verse en tantas ciuda-  
des de Europa y Amé-  
rica, y no una imitación  
hecha por el P. Santiago Pá-  
ramo” (PÉREZ, 1896: III, 122).

Al igual que en el día de la Asunción, en el de San Luis, no había estudio y se organizaban (el mismo día o los cercanos) distintas actividades —juegos, fuegos artificiales, repartos de estampas, rifas, etc.— entre las que destacaban los paseos, la quema de cartas y las academias. La forma más socorrida de paseo, y al parecer una de las preferidas por los alumnos, era la salida a caballo. También podían organizarse visitas, como la que cuenta el P. Cotanilla a una de las fortalezas militares de Cuba. La costumbre de la quema de las cartas escritas a San Luis por los alumnos, en las que hacían diversas peticiones, se había copiado del Colegio Romano, y consistía en presentar las cartas ante el altar del santo y quemarlas en público. “Las oraciones de los niños suben al cielo entre nubes de incienso y mezcladas con sus aromas, y el Señor se digna despacharlas favorablemente en atención del fervor y de quien las escribe y de los méritos del angelical patrono de la juventud estudiosa” (PÉREZ, 1896: III, 124).

No debía ser tampoco extraño que las celebraciones trascendieran la vida del colegio. En 1891, con motivo del tercer centenario de la muerte de San Luis, en Quito participaron en las solemnidades el capí-

tulo catedral, el ayuntamiento, los comerciantes, el ejército nacional, la sociedad filantrópica, todas las escuelas, colegios, congregaciones y comunidades religiosas y el Presidente de la República con varios de sus ministros (DATOS, 1895: 74).

Menos espectaculares, y más frecuentes, eran las academias en honor del santo, en las que se combinaban composiciones poéticas de los alumnos con discursos o representaciones teatrales. En 1853, en Bogotá, al acabar sus intervenciones los alumnos de los cursos superiores, los de los inferiores comienzan un diálogo, que les permite ir introduciendo sus diversas composiciones, en prosa y verso. Dialogan Juan, Luis y Basilio, que, mientras apuntan la virtud dominante en San Luis —la modestia angelical—, se lamentan de no tener edad y talento para participar en las representaciones de los mayores y reprochan a éstos haberse olvidado de la niñez, cuando la santidad de Gonzaga se manifiesta desde la edad más temprana. Éste es el tema sobre el que van a girar las intervenciones de los niños. Primero un discurso sobre la penitencia de San Luis, subtítulo Ya que no le seguimos en la inocencia, imitémosle siquiera en la penitencia, y varios poemas, entre los que destaca el que recitan los ángeles a San Luis Gonzaga a su entrada en el cielo. Junto a esta academia infantil, se ha conservado también otro discurso sobre San Luis, cen-

*Menos  
espectaculares  
eran las  
academias en  
honor al santo*

trado en su carácter de protector de la juventud estudiosa. Aparte de este juego entre alumnos menores y mayores —que se relaciona estrechamente con la idea de la emulación—, en estas composiciones encontramos dos ideas de interés. Por un lado, un planteamiento un tanto morboso sobre la penitencia y por otro, una tendencia al dualismo antropológico.

La estructura dramática del discurso sobre la penitencia es sencilla, va as-

cendiendo desde la comparación entre los grandes anacoretas y eremitas y San Luis, con ventaja para éste, que no es un hombre robusto, sino un niño de pocos años, criado en el regalo de la noble casa paterna. Esta comparación produce sorpresa y apunta una esperanza: “Quizás con esta vista nos moveremos a llorar las ofensas que a Dios hemos hecho”. El orador dice saber que, en este día de fiesta, el tema de su disertación puede sorprender, pero no puede eludir el profundo sentimiento que aflige su alma. Brevemente presenta la infancia de Luis, su amor a la soledad y a la oración, que nada tiene que ver —como se señala también en otros textos— con la cortedad, la timidez o el humor melancólico. Pero no es esto lo que sorprende al orador, sino el hecho de que con sus crueles penitencias —en las que no se elude un abierto tono macabro— esté acortando su vida, aparentemente sin sentido y apenando a sus padres. Pero él se mantiene alegre, “ha oído decir que es forzoso dominar la carne humana rebelde para que no se levante contra el espíritu”, y a los que le preguntan por la causa de su comportamiento les responde que es un gran pecador. En este momento se ha alcanzado el clímax: cómo puede ser ese, al que con insistencia se califica de joven angélico y del que casi se desconocen sus pecados, un gran pecador. El problema es otro:

«¡Oh ángel del cielo! y tú que jamás levantaste los ojos de la tierra que tiembles a la sola sombra del pecado, tú te crees reo de graves delitos, tú que te dejarías hacer mil pedazos antes de consentir en la menos culpa, tú te reputas gran pecador. ¡Oh Dios santo! ¿Si Luis es gran pecador, qué seremos nosotros?»

*El orador dice saber que el tema de su disertación puede sorprender*

La conclusión es sencilla, ante el juicio

severo que nos aguarda, debemos trocar nuestra inicial compasión hacia Luis por envidia y volvernos hacia él en busca de ayuda. El discurso termina con una oración: reconociendo la incapacidad para entender el significado de la Encarnación, el sufrimiento de Jesús y la felicidad de Luis —mientras vivió y una vez muerto—, y sabiendo la capacidad intercesora del santo en defensa de los buenos cristianos, se pide su protección y su ayuda para que si no es posible imitarle en la inocencia, se le imite en la penitencia. Las mismas ideas se repiten en el otro discurso citado, en el que un alumno de los mayores, recuerda como su madre le enseñó quién era San Luis y cuál era su poder para proteger a los hombres contra la bestia de la concupiscencia. Poder que se basa en sus méritos: en su corazón despegado de todos los bienes y placeres de la tierra y en su vida angélica, pues casi alcanza a ser como los ángeles: espíritus sin cuerpo, libres de las miserias de nuestra carne corrompida.

Las prácticas religiosas que giran en torno a la figura de San Luis son, probablemente, el aspecto más controvertido de la educación jesuita en estos años, pero merecen, por lo menos, algunas matizaciones. Esta tendencia morbosa se relaciona estrechamente con una puritana obsesión por la justicia de Dios, que conduce a planteamientos ritualistas y legalistas de la moral y la religión, pero, al mismo tiempo, los jesuitas rechazan las penitencias exageradas por parte de los alumnos, defienden los planteamientos de San Alfonso de Ligorio, en ocasiones frente al jansenismo imperante en algunos sectores del clero secular, y difunde una religiosidad basada en la confianza en la misericordia de Dios y en el culto sencillo a

*Las prácticas religiosas que giran en torno a la figura de San Luis son el aspecto más controvertido de la educación jesuita*

María. Con todo, por muchas que sean las matizaciones que realicemos, y múltiples las razones buscadas para comprender esta piedad —el influjo o la competencia del puritanismo protestante, la reacción

*La moral ritualista es lo que más aleja a la Compañía decimonónica de su identidad tradicional*

contra el libertinaje (VELARDE FUERTES, 1981: 98 ss) o contra los entusiasmos de un romanticismo sensualista—, no cabe negar que se aleja de la mejor tradición jesuita y católica, roza un espiritualismo herético y tiene consecuencias perversas para la imagen de la Iglesia, que se han prolongado hasta hoy, y para el éxito educativo de los colegios, pues quiebra la confianza en la que pretende basarse dicho éxito. Estoy convencido que esta moral ritualista, ascética hasta lo enfermizo y obsesionada por el sexto mandamiento, es, con la tendencia al aislamiento y una pretenciosa autocomprensión —que tiene mucho que ver con el análisis que se hace del proceso revolucionario situado entre la disolución de la Compañía y su restablecimiento—, lo que más aleja a la Compañía decimonónica de su identidad tradicional y, en gran medida, explica desorbitadas reacciones posteriores.

Junto a estas grandes celebraciones —Navidad, S. Luis, fin de curso—, certámenes, ejercicios literarios y academia, que tendían a celebrarse mensualmente, cumplían las mismas funciones: fomentar la emulación entre los alumnos, poner de manifiesto la calidad de la enseñanza jesuita y enseñar deleitando; romper el ritmo de la enseñanza sin interrumpir el aprendizaje.

“Pocos días hace hemos celebrado una menstúa —recuerdan en una ocasión — con toda solemnidad: invitamos para ello al Sr. Arzobispo, a los Sres. Barrutias, a las demás dignidades de la Catedral, como al Sr. Piñol, Aycinena, Puertas y D. Manuel

Espinosa. Además invitamos al P. Zepeda y a los Padres de Santo Domingo y al P. Muñoz. Todos ellos asistieron, y además vinieron al ejercicio los nuestros con los teólogos del seminario, y por invitación sin duda de D. Manuel Espinosa, asistieron también algunos de los del Colegio de Infantes. Todo esto hizo este acto muy serio y respetable, pero lo que le hizo más solemne fue el vigor y la severa disciplina que se llevó en el ejercicio: la declamación y pureza en las disertaciones: la rigurosa forma del silogismo que se observó y por último la exactitud, animación y pericia con que cada uno de nuestros estudiantes desempeñó su papel. Argumentó también el Sr. Canónigo Puertas, el cual presentó muy bien una dificultad sobre la persona de Cristo, y tanto a ésta como a las demás respondieron con gran satisfacción los Nuestros. Duró el acto desde las 9 hasta las 12 y me parece que todos hubieran deseado que fuese más largo. El Sr. Arzobispo quedó sumamente contento”.

En estas ocasiones, los temas podían ser muy variados. Se repite con frecuencia el del Descubrimiento de América, siempre centrado en torno a la persona de Colón y su grandeza frente a la mezquindad de la mayoría; la grandeza de España y de sus reyes; el encuentro con los indígenas; la razón misionera de la empre-

sa y la superioridad del cristianismo en comparación con las religiones indígenas. Al mismo tiempo, como tantas veces, se aprovechan estas representaciones para recordar todo lo aprendido, no sólo sobre historia, sino también sobre religión e incluso ciencias naturales, como por ejemplo cuando los españoles y los indígenas se intercambian productos de sus respectivos continentes, al tiempo que los describen.

*Cumplían las funciones de fomentar la educación y manifestar la calidad de la enseñanza jesuita*

También podían dedicarse las academias a la Inmaculada Concepción o a algún santo, recordando entonces la vida de los primeros cristianos, la historia antigua, el combate contra el pecado, las virtudes cristianas o el misterio de la Encarnación. Se combinaban composiciones de múltiples tipos, redactadas y

*No hay ninguna duda sobre la escasa calidad de las composiciones poéticas*

representadas por los alumnos. Por ejemplo, en una academia a la Inmaculada se presenta diecisiete composiciones distintas, discursos, odas, romanzas, elegías, etc., en siete lenguas: castellano, griego, latín, francés, italiano, vasco y catalán. No hay ninguna duda sobre la escasa calidad de las composiciones poéticas, pero hay que tener presente, sin necesidad de recordar, como han hecho tantos, a los muchos literatos que recibieron su primera formación en los colegios jesuitas, que su modelo educativo parte de la imitación como la mejor forma de llegar a captar todos los rasgos y dificultades de cada género.

En otra ocasión, con motivo de la restauración del Colegio Seminario en Guatemala, se representa una obra en verso de tema mitológico, donde aparecen Palas, Marte, Apolo, Mercurio y Momo. Manifiesta el uso que de la mitología se hace en los colegios. Permanentemente recurren a ella, viendo junto a falsedades, absurdos y mil contradicciones, un procedimiento para manifestar grandes verdades; un instrumento formativo, repleto de bellas lecciones, castigos contra la impiedad y manifestaciones artísticas; pero, sobre todo, sirve para dar gracias a Dios por la felicidad que representa la posesión de la fe y la verdad revelada, demostrando las aberraciones a las que puede llegar la razón humana, falta de la luz de la fe. En los mismos términos redactan, en otra ocasión, el discurso Mitología: su origen y utilidad. Momo,

personificación de la burla o el sarcasmo, hija —dice Hesiodo— de la oscura noche, que la engendró sin acostarse con nadie, y normalmente representada con una máscara a medio quitar y con un cetro terminado en una cabeza grotesca, símbolo de la locura; es convertida en un personaje masculino —para adaptarse a las normas de la Ratio que impedía introducir en las tragedias y comedias “personaje alguno o vestido femenino” —, de aspecto simpático, que aporta el contenido cómico a la obra. Discuten sobre la ventaja de la paz frente a la discordia, preguntándose sobre la conveniencia de que Guatemala sea regida por Palas, por Mercurio o por Apolo. A lo largo de la composición, que es un homenaje al arzobispo y al general Carrera, al que se entregan las armas de Marte como garantía de la paz de la república, aunque se reconocen los valores militares, se rechazan los frutos de la guerra —personificados en Marte— y se felicitan por el establecimiento del Seminario Colegio, factor de prosperidad que se vincula a lo que los otros dioses representan: “Apolo brinda al hombre con placeres; / Palas sabiduría / Mercurio con su industria plata y oro”. Todas las virtudes de los dioses se necesita para la prosperidad del país, incluso el valor guerrero de Marte y el humor de Momo. Como tantas veces, la composición está repleta de referencias cultas —a la historia de España, a los autores de la literatura universal, etc.—, que vienen a refrescar las enseñanzas.

*Todas las virtudes de los dioses se necesitan para la prosperidad del país*

En otras ocasiones, las academias se centran en temas más directamente científicos. Se conservan dos textos: De la nobleza, ventajas y suavidad del estudio de la historia y De la humana



razón y la necesidad en que estamos de cultivarla. Si en el segundo se defiende la razón como el principal atributo del hombre y, por tanto, el estudio como la más alta tarea a la que puede dedicarse, como

*Al acabar el curso tenían lugar las celebraciones más impresionantes*

instrumento para garantizarse un futuro próspero al servicio de la religión y de la patria, en el primero se desarrolla una imagen de la historia como maestra de la vida, como apoyo para una buena filosofía y como un medio de entretenerse con provecho. Al acabar el curso tenían lugar las celebraciones más impresionantes. En ellas el colegio quería poner de manifiesto, ante sus propios alumnos y ante la sociedad, los frutos alcanzados a lo largo del año. Se realizaban entonces tres grandes actos: los exámenes públicos, en los cuales los mejores alumnos ponían de manifiesto lo aprendido, la solemne distribución de premios, máxima expresión de lo que los jesuitas entendían por la sana emulación, e —intercalándose con los dos anteriores— diversas representaciones, composiciones poéticas, declamaciones, obras de teatro, etc. Todo duraba una media de seis días, dedicados los cuatro primeros y la mañana del quinto a los exámenes y el último a la distribución de premios, que podía abrirse con las palabras de alguna autoridad civil o religiosa, normalmente sobre las ventajas de la educación cristiana y las esperanzas depositadas en los alumnos. Después, el alumno más aventajado pronunciaba un discurso escrito por algún jesuita; se representaba alguna composición dramática; se declamaba alguna composición poética y, quizás, se interpretaban algunas piezas musicales.

De las composiciones entonces representadas se conservan siete discursos y siete diálogos que pueden ilustrar todo lo dicho hasta ahora y apuntar algunas ideas

nuevas. Con respecto a los discursos, si bien en ocasiones podían tener un tono más literario —como los dedicados a la poesía y a la lengua española—, lo más frecuente era que incidieran en los valores educativos jesuitas o plantearan algún problema.

El pronunciado en 1849 en el colegio de Medellín habla de la utilidad de la filosofía como instrumento para el desarrollo de la inteligencia. La filosofía, que tiene por objeto todas las verdades que el hombre puede conocer por sí mismo, se convierte en un medio para apreciar las virtudes, conservar las ciencias y, antes que nada, conocer, en cuanto se puede, la naturaleza divina y la humana, en su doble realidad de alma y cuerpo: una, la que manda y otro, el que sirve. Esta sujeción del segundo a la primera, es el principio de la moral y la rectitud del hombre. Planteada la utilidad de la filosofía, se preguntan por las razones de su crisis actual, descubriéndolas en las pretensiones de la soberbia humana de demoler lo antiguo y fundar una nueva filosofía, innecesaria, perjudicial y nociva a las costumbres y a los intereses sociales. Nueva y falsa filosofía que, proclamando el ateísmo, ha enviado al patíbulo a miles de personas durante la Revolución Francesa, ha superado en disparatar a los sofistas de Atenas y ha hecho imposible, al destruir los soportes de la moral, la convivencia pacífica de las sociedades.

La Oración para los exámenes del año 1846, en Medellín, con el pretexto retórico de hablar de los estudios “al parece triviales” en los que se ocupan los alumnos de los jesuitas, defiende un sistema basado en las lenguas clásicas, frente a un siglo de confusión y de tumulto que, bajo el subterfugio de la libertad, ha querido destruirlo

*La filosofía se convierte en un medio para apreciar las virtudes*

todo. Son varios los argumentos esgrimidos —este puede ser el mejor calificativo, dado el talante fuertemente polémico del discurso— en defensa de las lenguas clásicas. La generalización de la enseñanza,

que propugnan hipócritamente los ilustrados, sólo es posible a partir de la destrucción de estas lenguas, cuando los males sin cuento que hoy lloran las naciones son consecuencia de acomodar al talle del rudo vulgo las letras, cosa imposible sin despreciar, olvidar y proscribir la lengua latina. Al concluir que la incuestionable utilidad de la cultura no significa que sea útil a todos de la misma forma, se pone de manifiesto esa actitud, paradójica, pero no infrecuente, de muchos sacerdotes católicos del siglo XIX, que, mientras se preocupan y se dedican intensamente a la enseñanza, desconfianza de la educación generalizada.

La defensa de las lenguas clásicas se sostiene también sobre otros argumentos: sólo el latín y el griego permiten el conocimiento cierto de las Sagradas Escrituras, evitando las herejías a las que lleva la libre interpretación de los textos en lengua vulgar; sólo desde el conocimiento de las lenguas que han dado origen a las actuales, es posible conocer y enriquecer éstas, evitando los vicios de “los miserables escritorillos del día”, que dominan “un estilo apestado con frases y términos inauditos”; el estudio de estas lenguas facilita el aprendizaje de las lenguas vivas y da acceso a la sabiduría clásica, que protege contra las enseñanzas perniciosas de muchos autores.

Por último, demostrando el interés por convertir la última lección del curso en una defensa de los métodos jesuitas, el orador advierte a los padres de familia que le escuchan contra la tentación, nacida de un espíritu mezquino que busca el beneficio

inmediato, de retirar a los alumnos del colegio demasiado pronto, cuándo sólo han saludado las primeras materias, para colocarlos en oficios mecánicos o mercantiles o hacerles recorrer con paso apresurado las facultades mayores que todavía no pueden aprovechar.

Todo el discurso presenta, en torno a la tesis fundamental, otras muy queridas por los jesuitas: el hombre como compuesto de alma y cuerpo, y la necesidad de que éste se sujete a aquélla; las lecciones que se pueden encontrar en la sabiduría de los gentiles; la Historia Sagrada como primer capítulo de la historia universal y como introducción a la enseñanza de ésta; los lamentables frutos de la persecución antirreligiosa desatada por la revolución o la religión como único soporte seguro del orden social.

Esta conferencia, pronunciada en un ambiente muy conflictivo, debió sufrir una crítica pública y violenta, que forzó, en años posteriores, algunas rectificaciones. Así, un año después, en 1847, la conferencia pronunciada en Medellín con motivo del final de curso vuelve a defender el modelo educativo jesuita. Se pregunta el orador: “¿para qué tanto tiempo con tanta fatiga empleado?”. “¿Para qué tantos gastos y tiempo en aprender cosas que nada importa saber?”. Cree forzado demostrar como el latín, el griego y los demás ramos de la literatura precedan a los estudios filosóficos, y éstos a la medicina, teología, cánones, y jurisprudencia civil. La civilización no reside únicamente en la riqueza de los pueblos;

*La civilización  
no reside  
únicamente en  
la riqueza de los  
pueblos*

consiste en la formación del corazón humano y la razón no se basta para tal tarea. El hombre, inocente y débil al nacer, debe ser protegido de los peligros que le acechan: malos ejemplos, perversos

esos consejos, tentaciones violentas, malos libros, diversiones ponzoñosas, y solo con el conocimiento y la práctica de las virtudes religiosas y sociales pueden los padres proteger a sus hijos, permitiéndoles obtener la esencia de la civilización.

“Tened también presente señores, que en el sistema republicano, el pueblo es entendido por soberano”

Aceptar esta tesis conduce a defender, en la segunda parte del discurso, el modelo educativo jesuita. La multitud de estudios con abruma a los jóvenes beneficia a su formación. Son muchos los conocimientos que requiere un buen agricultor, un buen comerciante, un buen militar o un buen magistrado, y estos conocimientos sólo se adquieren sobre una buena base. Para dedicarse a la medicina —concluye el orador—, al derecho o a las ciencias eclesiásticas es indispensablemente conocer las matemáticas y la lógica, que enseñan a razonar, la antología, que descubre los principios generales de los conocimientos humanos, la física, que examina las leyes de la naturaleza, la metafísica, que estudia las propiedades del ser, y la ética, que funda la acción humana; y todo esto no se alcanza con éxito sin dominar las lenguas clásicas y el lenguaje, tomar de la historia y de la geografía lecciones de prudencia y, sobre todo, desarrollar la moral.

Repitiendo críticas a la filosofía ilustrada o a las tesis revolucionarias del siglo XIX, y multiplicando las digresiones cultas, frente a la crudeza del discurso anterior, ahora se ha suavizado la imagen de una educación popular:

“Tened también presente, señores —se dice—, que en el sistema republicano, el pueblo es tenido por soberano. Pues si el soberano es un ignorante, ¿cómo no será seducido a cada paso? ¿Cómo acertará en la elección de sus mandatarios? ¿Cómo se formarán sabias leyes y se consolidará un gobierno justo?”

Un año después se vuelve sobre el mismo problema. En los comienzos de la carrera estudiantil lo que no se sabe y la dificultad de las materias a estudiar puede desanimar a muchos alumnos, y muchos padres pueden verse tentados a buscar otra salida para sus hijos, ante los largos años de estudio que les quedan, la gran cantidad de dinero que hay que gastar y la severidad del régimen educativo al que se somete a sus hijos: “¿Y cómo no cumplirles todos los gustos siendo tan queridos? —escribe, manifestando otro de los problemas de los colegios jesuitas— ¿y cómo no enternecerse y rendirse a las súplicas y lágrimas de quien llora sobre sí un yugo demasiado grande, para quien todo yugo es insoportable?”. Después de múltiples reflexiones, e invocando siempre el bien religioso, profesional y social de los niños, se concluye, recordando, como ejemplo, la educación espartana, que la sujeción, la severidad y el rigor en la juventud son los pilares para hacer hombres: “señores, los más fieros e independientes republicanos, los más profundos políticos, y aquellos invencibles guerreros que jamás quisieron en Esparta otras murallas más que sus fortísimos pechos y brazos esforzados”.

Tras declararse firme partidario del progreso y rechazar mordazmente las teorías de los filósofos progresistas, se hacen algunas distinciones. No es posible hablar de progreso en el campo de la religión, que goza de la augusta inmovilidad de su Autor, ni en el de la moral, inseparable de la primera. La moral evangélica es tan perfecta que no se puede mejorar, sólo se puede cumplir en mayor grado. En el campo de la metafísica, las dificultades son tan grandes que hay que contentarse con meras probabilidades. Con respecto al progreso civil, hay que esforzarse por mejorar las

*No es posible  
hablar de  
progreso en  
el campo de  
la religión*

formas de gobierno y la fortuna de los pueblos, aunque la historia nos da una lección: ya se han ensayado todos los sistemas de gobierno imaginables, y “bajo toda suerte de gobiernos han florecido hombres llenos de virtudes que han hecho la felicidad de sus patrias, y han abortado monstruos plagados de vicios que han trastornado el mundo”, por eso “cuando los hombres son virtuosos cualquiera forma de gobierno basta, y la prosperidad pública es una consecuencia necesaria; pero adviértase que no puede haber virtudes cívicas, sin virtudes morales, y estas son también imposibles donde no florece la religión”. Por último, los progresos, teniendo en cuenta que no garantizan la felicidad, no se pueden negar ni condenar y el progreso en las ciencias físicas es muy encomiables porque eleva al hombre, ante las maravillas de la naturaleza, al mayor conocimiento de Dios. De todas maneras, concluye, hay ciertos límites que nunca se podrán pasar; y lo cierto es que cuanto más se sabe, más se conoce lo que falta por saber.

Continuando el tema que se planteó en el mismo colegio de Medellín en los años anteriores, el orador matiza, otra vez, la relación entre el pueblo y la educación, insistiendo ahora en la necesidad de generalizar la instrucción entre todos los ciudadanos, pues ésta es la mejor barrera contra el despotismo, y recordando que mientras los “ilustrados, con esa misma igualdad en la boca quieren dominar a los que se reputan por ignorantes”, la Compañía de Jesús desde su nacimiento se ha dedicado a la instrucción universal de pobres y ricos. Todo hace pensar que durante estos años la comunidad jesuita debió reflexionar sobre la primera opinión, quizás impulsada por alguna reacción de los grupos neogranadinos que en

aquellos años se manifestaban en contra de la Compañía.

Otra vez salpican el discurso tesis ya conocidas (los trastornos del tiempo presente, la subordinación del cuerpo al alma, las lecciones que pueden extraerse de la historia antigua, etc.), como lo harán en 1849, cuando, también en Medellín, el conferenciante se adentra de nuevo en la defensa del método educativo jesuita. Ahora su planteamiento es directo. Reconociendo la privación de libertad que implica un internado, se pregunta: ¿qué educación es la mejor: la que se recibe exclusivamente en casa, la de los internados o la de los centros de educación de externos.

Recibir instrucción en la casa paterna con maestros particulares sólo se lo pueden permitir las personas muy ricas, pero, ni siquiera para éstas, es bueno este sistema. Por virtuosa que sea la familia, los padres no pueden enseñar a sus hijos todas las cosas que necesita el hombre en la sociedad y, haciendo abstracción de los impedimentos legales, si pudieran pagar maestros particulares se enfrentarían a otro problema: el niño en la familia se entretiene, se distrae, es mimado y no puede ser estimulado con la emulación, el deseo de mejora y la vergüenza asociadas al trabajo en grupo. Además, en contacto con sus condiscípulos, el joven adquiere modales, aprende a comunicarse y amoldar su genio al de los demás para no sufrir mil contradicciones y sinsabores.

Parecería de este modo que la educación semipública, solucionando los problemas de la privada, garantiza la formación de los jóvenes. Pero no es así. El alumno tiene que amoldarse a sus compañeros y esto implica un peligro, pues se juntará, sin vigilancia de nadie, con compañeros no

*Por virtuosa  
que sea  
la familia,  
los padres  
no puedes  
enseñar a sus  
hijos todas  
las cosas que  
necesita el  
hombre*

recomendables, en una edad muy peligrosa y muchas veces en ciudades alejadas de la casa paterna. Así, podrán adquirir despejo, desembarazo y brillantez, pero también desvergüenza, desfachatez, disolución, prodigalidad e irreligión. No es, además, normal que un joven relajado en costumbres sea un estudiante de provecho.

*Sin vigilancia  
y disciplina  
las faltas irán  
creciendo  
hasta  
convertirse en  
delitos*

El orador ha dado ya el penúltimo paso, pero —con la intención de sorprender a su auditorio— rechaza que sea suficiente con enviar a los hijos a un internado. No es así.

El tránsito del niño desde la casa paterna al colegio es duro y doloroso y, además, es necesario corregir y guiar su paso de niño a joven. Algunos intentan hacerlo por medio de una excesiva vigilancia y un rigor extremo. Se forman así dos bandos en los colegios, alumnos y profesores, que se declaran la guerra. Los corazones se cierran a todo sentimiento de respeto y de compasión. Los alumnos gozan burlando la vigilancia de los maestros y sólo emplean su imaginación en inventar travesuras, tramar conspiraciones, desbaratar planes, contrariar a mansalva y frustrar toda medida de precaución.

En otros colegios se inclinan por un régimen disciplinario débil, igualmente incapaz de resolver el problema. Este sistema en vez de hacer amable la vida en un colegio, la hace insoportable. Sin vigilancia y disciplina las faltas irán creciendo hasta convertirse en delitos, que ofenderán la moralidad y el buen orden, se levantarán contra la autoridad de los superiores y harán imposible la vida de los alumnos. Se multiplicarían los altercados, las riñas, las calumnias, los desafíos y la persecución de los desaplicados contra los estudiosos, de los petulantes contra los tímidos, de los viciosos contra los morigerados, haciendo imposible la vida en el colegio, pues —con-

cluye— “si la mezcla de buenos con malos tiene tanto daño a los primeros en las universidades, como hemos visto, ¿qué será cuando no sólo se junten en las aulas y calles y paseos, sino que vivan reunidos bajo un mismo techo en un colegio”.

No se trata sólo de travesuras de niños, está en juego su futuro. No es lo mismo instruir a un joven en las artes y en las ciencias que formarle el corazón, y la educación no es completa sin ambas cosas. Para forma el corazón no bastan las clases de moral y de religión. Sería sólo instruirlos en la religión, no infundírsela. En este esfuerzo es esencial ser capaz de conocer la psicología del joven y darse cuenta de que, lleno de dudas, sobre todo anhela el descubrimiento de la amistad, que, buena o mala, en ninguna parte puede adquirirse como en el colegio. La conclusión se hace, entonces, lógica. Para el conferenciante sólo hay una solución: el internado donde ha vivido los últimos cuatro años; un sistema educativo riguroso y cercano, donde el recreo es premio al trabajo, religioso, donde los compañeros son auténticos amigos y los profesores, padres (GÓMEZ DÍEZ, 2000). El tema último de este discurso, presente en infinidad de testimonios, no es otro que el rechazo de los modelos educativos que compiten con el jesuita. En la misma línea escribe Cotanilla: “el Padre del niño le interrumpió diciéndole,

*No se trata  
sólo de  
travesuras de  
niños. está  
en juego su  
futuro*

vea usted, señor, en el Colegio de ... enseñaban la moral y la religión muy bien; ¡ah, Señor! no basta enseñarla: para aprenderla y aprenderla bien es preciso que el niño esté respirando siempre en medio de una atmósfera puramente moral y religiosa; y ese ambiente puro, y esa atmósfera verdaderamente religiosa en ninguno de esos establecimientos públicos se siente ni se respira” (COTANILLA, 1866: II, 60-1).

Comparándola con Medellín, la situación es muy distinta en Popayán, donde en 1849, se desarrolla el tema del verdadero patriotismo, considerando a éste una de las razones que impulsan al estudio. El patriotismo sólo puede apoyarse en el perfecto cumplimiento de los deberes del hombre para consigo mismo:

*El patriotismo sólo puede apoyarse en el perfecto cumplimiento de los deberes del hombre para consigo mismo*

la honestidad; para con sus semejantes: la equidad, y para con Dios: la piedad; porque el verdadero patriota debe cultivar sus fuerzas físicas y morales, para emplearlas por la Patria en sus diferentes necesidades;

debe dar a cada uno lo suyo, porque esto es la base de todo el ser social, y debe comprender que la religión es la base de todo el bien de la Patria, "es el más fuerte sostén de las leyes, de la moral, de las costumbres, de la honestidad, de la equidad, de la justicia, de la tranquilidad, de la seguridad del gobierno, de la felicidad, sostén, en una palabra, de cuanto concierne a la existencia misma de la sociedad".

Los discursos no carecen de relación con la situación de la comunidad jesuita en la región donde está instalado el colegio. Un colegio jesuita en fuerte competencia con otros centros privados, como sucede en Medellín antes de 1850, insiste en la defensa de su sistema pedagógico. Mientras, en Popayán, donde la situación se caracteriza siempre por la solidez y el fuerte apoyo popular, se puede presentar un discurso sobre el patriotismo.

Los diálogos tienen un carácter distinto, manifiestan otra finalidad e ilustran otros aspectos. Contamos con uno incompleto sobre las matanzas de Madrid de 1834, en el que se escenifica el reencuentro de un sacerdote con dos discípulos, posiblemente novicios, poco después de los sucesos. El primero da noticias de lo sucedido, insistiendo en lo absurdo del

hecho, rechazando todo deseo de venganza, incitando al perdón y alegrándose por el merecido descanso logrado por las víctimas. El tema es muy significativo: todos los misioneros consideran que las matanzas de Madrid inauguran una nueva época, y muchos comienzan con ellas sus memorias o relatos históricos.

Junto a este modelo histórico, otra posibilidad es el diálogo de Acción de gracias, para festejar a los asistentes a la distribución de premios. Así lo hacen en Bogotá, en 1848, donde se escenifica la discusión entre Eurilio y Dafne, en la que media Amintla, sobre quién de ellos es el más indicado para dar las gracias a los asistentes. El motivo de la discusión nace de la reticencia de Eurilio y Dafne a compartir este honor. Para demostrar sus mayores méritos recitan sus composiciones y, a petición de ambos, hace lo mismo Amintla. Los dos primeros se ven obligados a reconocer la superior calidad del texto de su amigo, y le ofrecen el honor de dar él las gracias a la asamblea, honor que éste sólo acepta a condición de que le ayuden los primeros. De este modo, en el diálogo se han intercalado cuatro composiciones poéticas de distinto género y, junto al motivo principal de agradecimiento, se han destacado dos valores de la distribución de premios: el compañerismo y la obligación por parte de los que no han recibido premios, o no han recibido los primeros, de asumirlo con alegría y reconocer, sin envidia, los méritos de sus compañeros.

Esta idea se repite con insistencia en todas las distribuciones. No cabe confundir la emulación con la envidia. Aquella consiste en afirmar, con la ayuda de los demás, la voluntad de autosuperación.

Otro diálogo, también incompleto, co-

*En el diálogo se han intercalado cuatro composiciones poéticas*

mienza con una discusión entre dos discípulos, sobre la superioridad de los antiguos sobre los modernos, o de éstos sobre aquellos. Aparece, entonces, un sacerdote que se interesa por una discusión

que corre el peligro de dispersarse en múltiples temas. El padre decide centrar la cuestión en la conveniencia y la utilidad social de ayudar a los mendigos. El

*Se rechaza rotundamente disputar por entretenimiento*

diálogo se conserva inacabado y, por lo tanto, desconocemos la respuesta dada, pero si quedan de manifiesto los recursos pedagógicos y las características de estos diálogos. Se rechaza rotundamente disputar por entretenimiento y basar el éxito en la brillantez de las respuestas. No disputan por disputar; los polemistas colaboran en busca de la verdad. Se critica también la costumbre de opinar sobre cualquier cuestión desde la ignorancia. Se recurre también al uso de narraciones breves con moraleja y se insiste en lo aprendido en las clases; de una forma artificiosa, pero sin duda pedagógica: “¡Ola! —dice un alumno ante el silogismo del otro— parece que no se le ha olvidado la forma silogística”.

Un diálogo incompleto, sobre el estudio en la niñez, tiene una estructura semejante. Habla primero el enemigo de la educación infantil y después el partidario, para que un tercero, que actúa como árbitro, decida cual de los dos tiene razón. Lo interesante, junto a varias ideas ya vistas, como la avenencia fraternal en búsqueda de la verdad, es la defensa que se realiza del modelo educativo de los jesuitas. En la línea de lo visto en los discursos, el tercero de los participantes defiende mantener el ritmo lógico del aprendizaje, aunque nos lleve años. Recuerda como el niño desarrolla antes la memoria que el juicio y, por lo tanto, debe basarse su primera educación en aquella, ayudándole a am-

pliar su cultura gracias a la observación. “Un preceptor sagaz —dice— halla por este medio un modo fácil de enriquecer el entendimiento de su alumno en un gran número de conocimientos útiles y agradables; y mezclando oportunamente algunas reflexiones breves, procura labrar al mismo tiempo el corazón, conduciéndole por el estudio de la naturaleza al conocimiento de la religión... con el nombre siempre de diversión y no de estudio es increíble la copia de conocimientos útiles que adquirirán los niños. Ahí ve Ud. como puede un niño casi jugando aprender mucho: pero aun cuando el estudio es más serio se le amena con la emulación y otros artificios”. Por eso la educación debe comenzar suave, pero tempranamente. El alumno no puede excusarse en “su poco talento”, pues sucede con los espíritus lo que con los terrenos. Para concluir que “el trabajo y constancia lo allanan todo, y la fuerza del sol divino hará reverdecer las mismas peñas”, desarrolla una breve clase de geografía: unos paisajes “son tan feraces como los del mediodía de la Europa; que con poco trabajo dan una abundante cosecha de trigos y de sazonzados frutos; otros hay que requieren mucho cultivo; en los valles calurosos de nuestra América vemos que las abundantes lluvias y el influjo del sol hace recoger dos cosechas de granos; el abono que el Nilo deja en los terrenos de Egipto, los

fecunda de manera que en cien días se consigue sembrar y recoger la mies, y una misma tierra puede en el mismo año producir tres o cuatro suertes de frutos, los hay también áridos y pedregosos los cuales con la industria y trabajos fertilizan”. En un diálogo humorístico sobre la necesidad del trabajo reaparecen, con otro tono, las mismas ideas. Se encuentran en el escenario un humanista y un ínfimo, y

*El alumno no puede excusarse en “su poco talento”*

el primero pregunta a éste por las razones de su tristeza. Se queja el ínfimo de que, deseando mucho estudiar, no consigue los frutos debidos por culpa de su corteidad y se compara con sus compañeros premiados al terminar los exámenes. El humanista aprovecha estas quejas para recordar como se debe acoger el

*Se queja el ínfimo de que, deseando mucho estudiar, no consigue los frutos debidos*

triunfo de los compañeros, reconociendo los méritos de éstos. Recuerda que todos al principio se encuentran con dificultades, que no hay que desanimarse y pone un ejemplo, no por conocido, inútil: la gota de agua capaz de horadar la piedra más dura, el brocal de un pozo que forma un surco en piedra viva. Busca entonces las razones del escaso rendimiento de su amigo. Encuentra, en primer lugar, que duerme diez horas, cuando “tres horas duerme un santo, cuatro el que no es santo, cinco un caminante, seis un comerciante, siete un teatino y un ocho un gorrino. Con que dormir dos más, ¿quién será?”, y, en segundo, que su compañero come de forma desproporcionada. Entre citas de Cervantes y varias fábulas, concluye “que para saber poco, es necesario estudiar mucho, y que la sobriedad en la comida, y el sueño moderado son dos excelentes medios”.

También en forma humorística transmite ideas semejantes otro diálogo entre Gerónimo, Andrés y Gervasio, sobre la utilidad de los largos estudios. La defensa del modelo educativo jesuita, expuesta otras veces en un discurso, se escenifica ahora. Gerónimo se admira de los brillantes exámenes de los retóricos y Gervasio se burla de tal admiración, convencido de la inutilidad de tantos estudios. Ninguno de los dos los ha realizado, pero el primero los echa en falta y el segundo los considera superfluos, se ufana de ser licenciado sin haber perdido el tiempo con todos esos estudios. Intercede Andrés ante la

necedad de Gervasio, y le pregunta por sus méritos. Es abogado, pero pronto se pone de manifiesto que carece de clientes y de la menor reputación. Se rechazan de éste modo las críticas lanzadas contra el programa de estudios de la Compañía, aparentemente muy largo, y se explica el origen de este tipo de licenciados, que carentes de amor propio, no de dejan mover por la emulación y les da igual estar arriba o en la cola; huyen de las clases, mintiendo a sus padres y profesores y, tras pasar años sin mérito alguno, “van al P. Prefecto a pedirle certificación de gramática. Este les dice que no; pero ellos el uno dice que tiene que partir a Alicante, el otro que va a meterse fraile, el otro que quiere hacer una solicitud en tal oficina, etc. y a duras penas sacan algunos la insigne certificación en que consta haber estudiado rudimentos de gramática y principia de sintaxis”. Pero cuando llegan a la Universidad están irremediabilmente abocados al fracaso. Se pone de manifiesto el deseo de insistir, con respecto a los alumnos, en la importancia de un comportamiento basado en el honor y, con respecto a sus padres, en el valor de los métodos usados. El diálogo termina con una invocación a los estudiantes, donde, llamándoles a la constancia, se plantean las razones que justifican el estudio: “la posesión de la sabiduría, en cuya comparación son despreciables los bienes de este mundo, y el oro y la plata son reputados por estiércol” y “de esta manera pasaréis una vida arreglada: seréis las delicias de vuestros padres, y amigos, y seréis el ornamento de la Religión, de la patria, y de la literatura”. En otro diálogo un grupo de alumnos intenta organizar sus propios exámenes. Comienza con la queja de Babé:

*Quando llegan a la Universidad están irremediabilmente abocados al fracaso*



“Con que aquí hemos de estar, amigos, como los acusados en sus banquillos, sin hacer más que sufrir interrogatorios y más interrogatorios. Por vida mía, que quisiera ser yo también un rato persona agente, y no ser siempre persona paciente...”. Gastón y Babé deciden examinarse mutuamente con la intención de probar si son capaces o no de ser examinadores. Pronto se unen otros alumnos al juego, convencidos todos de lo sencillo que es examinar. Comienza entonces una demostración de los conocimientos, ante las preguntas de los compañeros van explicándose las oraciones de relativo, los participios, las concordancias, las oraciones de infinitivo; se recitan los golfos de Europa, las capitales; se habla de la fundación de Cartago y su forma de gobierno y se traducen varios fragmentos de Cicerón. Al tiempo, los alumnos caen en el desorden y las polémicas más triviales, hasta que aburridos del juego y demostrado que no es tan fácil examinar, dos de ellos deciden recitar el diálogo de don Beltrán y don Valentín; diálogo humorístico en verso, sobre la educación. Don Valentín considera que estudiar es perder el tiempo, siendo lo importante el dinero y conseguir un buen empleo. No se argumenta en contra de estas opiniones con el éxito que garantiza la educación, sino con los propios valores de ésta. Se busca la autoestima del estudiante, concluyendo:

*Mas si el cielo generoso  
entendimiento me dio,  
¿habré de cegar lo yo  
viviendo cual vive un oso?  
No haré tal, por vida mía,  
que el quedarme majadero  
porque me sobre el dinero  
es solemne tontería.*

Por último, existe un Diálogo de la buena amistad, estrechamente relacionado con los discursos sobre la educación. Comienza cuando se encuentran dos alumnos en el recreo, uno de los cuales acaba de incorporarse al colegio y parece triste. El otro le pregunta la razón de su tristeza, que resulta ser la separación de sus padres. La tristeza es, entonces, comprensible, pero debe lucharse contra ella pensando que sus padres le han internado en el colegio porque le aman y, en consecuencia, el alumno tiene la obligación de esforzarse por no defraudarles. Este tema queda así concluido, y surge otro motivo de tristeza: la falta de un amigo. Comienzan las reflexiones sobre la amistad del mayor de los alumnos, interrumpidas únicamente por las preguntas de su compañero: Ante la amistad hay que proceder con cautela. Es un bien necesario, pero es muy difícil encontrar amigos de verdad. Por esto, al tiempo que se trata con todos, sólo es recomendable franquearse “con aquellos que pueden y quieren dirigirnos al bien”. La amistad debe entenderse como unión de voluntades que conspiran al bien, entre ladrones no puede haber amistad, porque donde la virtud no es el fundamento aquélla no existe. Los pilares de la amistad son la religión, soporte de la virtud, rechazando la idea de que la devoción conduce a la insociabilidad, y la obligación de buscar la perfección del amigo señalándole, con franqueza y sin miramientos, sus defectos. Terminando la conversación, los dos alumnos observan a otro que se les acerca hablando solo. Se introduce así en la conversación un caso práctico. El recién llegado se queja del comportamiento de otro alumno:

*Ante la  
amistad hay  
que proceder  
con cautela*

“Pues yo le dije —explica— si quería ser mi amigo, y él me contestó que sí, y que

lo sería siempre. Desde entonces mi felicidad consistía en verle, hablarle, y estar a su lado, no pensando en otra cosa que en manifestarle mi afecto. Pero el otro día note que se iba ya juntando bastante con otro, y que se

hablaban en secreto, y aun me pareció que me miraban y se reían. Una gran rabia se apoderó de mí, y caso estaba para ir a llenarle de injurias, pero me contuve; mas apenas llegué al estudio, cuando en vez de hacer mi composición, para la cual no tenía cabeza ... yo gemía y lloraba a solas y no sabía que hacer, faltando cada día a las obligaciones de la clase y sufriendo por lo mismo reprensiones y bochornos ... ¡qué días!, ni puedo estudiar, ni tengo gana de divertirme, y hasta se me quitó el apetito y el sueño, y no puedo pensar en otra cosa...".

A partir de esta explicación, los dos que comenzaron el diálogo van sacando sus conclusiones: La amistad no puede basarse simplemente en la simpatía. Esta amistad tiende a hacer del amigo, cuando no un cómplice de apetitos criminales a los cuales es muy propensa la naturaleza humana, un inútil, ocupado siempre en tonterías. Representa, al reflejarse en una falta de interés por el estudio, una traición a los esfuerzos y esperanzas de los padres de los alumnos. La solución consiste en recuperar el trato con todos los compañeros, abandonando la pretensión de reducirlo todo a la amistad entre dos. "En fin —concluyen— desengañémonos, todas estas amistades desatinadas no son en sustancia más que unas niñerías ridículas, en las cuales es vergüenza que se entreguen jóvenes ya de alguna edad; pero niñerías que si no se cortan pueden traer fatales consecuencias ... Si Usted ahora, como he dicho, no refrena esas pasiones cuando son digámoslo así unos cachorritos, ¿cómo las sujetará cuando sean leones feroces que todo lo despedacen? ¿Por qué hay tantos hombres perversos y corrompi-

dos, sino porque cuando eran niños no han refrenado sus malas y nacientes inclinaciones? Nadie de repente se hace perverso, sino por grados: de la amistad vana, se pasa a la amistad criminal".

En conclusión, las celebraciones, al tiempo que fomentaban la emulación, rompían la monotonía del colegio sin renunciar a continuar la enseñanza, por medio de la participación de los alumnos en la confección de las piezas y por medio del contenido de éstas. Además pretendían incrementar el prestigio externo del centro, poniendo de manifiesto la formación de sus alumnos y, aprovechando la presencia de los padres y las autoridades, reforzar tesis y reafirmar compromisos. Cumpliendo un papel importante en la vida del colegio, no faltaron las críticas, vinculadas al peligro de que las celebraciones desvirtuasen los valores que pretendían potenciar o generasen gastos incompatibles con el deseo de abaratar las pensiones de los alumnos. Esa es la preocupación que manifiesta el Provincial cuando, reconociendo el buen resultado de unas funciones, recuerda que en ellas no debe oscurecerse la humildad ni la modestia con gastos excesivos, confusión, desorden o indisciplina. Con todo, el éxito del método a corto plazo es compatible con su inevitable fracaso a la larga, asociado a un hecho que los jesuitas no quisieron ver hasta bien entrado el siglo XX:

la esterilidad inmanente al miedo y a la actitud defensiva que caracterizó a su proyecto, y a la vida en general de la iglesia decimonónica. Un miedo que se refleja en el carácter exclusivamente apologético, y nada propositivo, de su enseñanza y que no comprende lo imposible y absurdo de formar a una juventud llamada a integrarse en el mundo y, por lo menos en teoría, a transformarlo, como si se tratase de novicios abocados a una vida conventual. ■

*El éxito del método a corto plazo es compatible con su inevitable fracaso a la larga*

# *El teatro escolar, los exámenes públicos y las celebraciones: instrumentos educativos jesuitas*

Francisco Javier Gómez Díez

---

## Abreviaturas

AHPTSJ: Archivo Histórico de la Provincia de Toledo de la Compañía de Jesús

---

## Bibliografía

COTANILLA, P. José Joaquín, S. J. (1865), Diario del \_\_\_\_ Desde el año 1834 hasta 1864. Manuscrito conservado en AHPTSJ C-95.

COTANILLA, P. José Joaquín, S. J. (1866), Historia de la Misión Colombiana de la Compañía de Jesús. Manuscrito en cuatro tomos, conservado en AHPTSJ C-92.

DATOS Históricos sobre el establecimiento y permanencia de la Compañía de Jesús en el Ecuador (1895). Quito.

□

I Seminario Hispano – Venezolano, Universidad Complutense / Universidad de Zulia, Madrid.

GÓMEZ DÍEZ, Francisco Javier (2003), "Los colegios de enseñanza secundaria de la Compañía de Jesús en la América del siglo XIX", en Simposio Historia de la Educación en América, AEA / Universidad de Alcalá, Octubre 2003, Sigüenza (en prensa).

GÓMEZ DÍEZ, Francisco Javier (2006), "Tradición y modernidad en los colegios jesuitas del siglo XIX", en Estudios sobre historia de la educación en América, Madrid, Universidad Francisco de Vitoria.

GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, Cayo (1997), El teatro escolar de los jesuitas (1555-1640), Oviedo, Universidad de Oviedo.

PÉREZ, Rafael (1896), La Compañía de Jesús en Colombia y Centro América después de su restauración, Valladolid.

VELARDE FUERTES, Juan (1981), El libertino y el nacimiento del capitalismo, Madrid, Pirámide.